

«¡Dichoso Joaquin! exclama el Damasceno; ¿de quién vino este fruto immaculado? ¡Oh afortunada Ana, en cuyo seno se formó, poco á poco, esta prole santísima y celestial! ¡Dos y tres veces bienaventurados, los que merecisteis darnos una flor, de la cual nació despues el dulcísimo fruto Jesucristo (1)!»

¡Oh Dios de bondad y de amor! cuán bella y consoladora, diré más, cuán llena de delicias es la vida de tus Santos! Sin duda han ellos de marchar por el camino de las humillaciones, de los padecimientos y de las pruebas, á fin de enmendarse de sus fragilidades é imperfecciones, y animarse para la conquista de la gloria celestial; pero, ¡dichosos ellos! los únicos que supieron vivir en la gracia de tu misericordia. ¡Oh! venid, desgraciados, que temblais al sólo nombre de virtud, como si de ella no brotasen más que amargas tribulaciones y espinas; venid á ver en los dos bienaventurados consortes Joaquin y Ana, cuán suave es la ley del Señor (2), y su bondad fecunda de verdaderas dulzuras para aquellos que la temen (3)! ¿Y por qué no nos proponemos nosotros hacer tambien la prueba, confiados en aquella divina palabra: «Venid á mí, todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare; porque suave es mi yugo y ligero el peso mio (4)?» ¡Oh Joaquin y Ana! referidnos las castas y dulces delicias de la virtud y de la santidad, vosotros, que gustasteis en ellas y por ellas aquella calma inefable del alma, que afirmando y fortaleciendo los piadosos pensamientos, hace, como quien dice, del todo divinos nuestros afectos en Aquel, que se compadeció en criarnos en el amor, y hacernos capaces de amar! Y nosotros ¡oh Dios de amor! queremos, finalmente, romper las cadenas que nos mantienen esclavos á la vida de esta miserable tierra, y volar hácia el elevado camino de la perfeccion que recorrieron los Santos. Hermosísima es la sonrisa que brilla en sus lábios; rayo de santa alegría con que inundan los cora ones. ¡Adios, mundo engañosor, que prometes felicidades y sólo das desesperacion! Y Tú, ¡oh María, hermosa hija del Amor eterno! muéstranos tu rostro inefable de Paraiso; ven á confirmarnos en el propósito de la santidad, que juramos al pié de este altar tuyo. Con tal que nos sea lícito dirigir y fijar la mirada en Ti, venceremos las seducciones del mundo, los estímulos de la carne, y las asechanzas del Infierno; y como divinizados, nos elevaremos hácia el Cielo en alas de altísima contemplacion. ¡Oh amor! ¡oh belleza!

(1) *Orat. II. de Nativ. B. Mariae, prope finem.*

(2) *PSALM. XXXIII, 8.*

(3) *IDEM. LXXII, 1.*

(4) *MATTH. XI, 28.*

¡oh perfecciones infinitas de nuestro Dios! sí; de aquí en adelante, Tú serás nuestro único pensamiento y la única delicia de nuestro corazon. Y tu ley ¡Señor! sea noche y dia nuestra meditacion (1); y tu gloria, nuestro suspiro; para que, bendecidos por Ti en este valle de aflicciones, podamos, en compañía de los Ángeles, cantarte un dia, el eterno hosanna en la bienaventurada pátria celestial. Así SEA.

DIA CUARTO.

LA NATIVIDAD.

Gaudeat pater tuus, et mater tua, et exultet quae genuit te.

Tengan gozo tu padre y tu madre, y salte de placer la que te parió.

(*PROV. XXIII, 25.*)

Bien sabeis, amados hermanos, aquella funesta máxima que pretende, que la virtud (3) es un nombre vano; dado que siendo ésta infortunada, las más de las veces, y viviendo como extraña en la tierra, no puede esperar otra recompensa que la del Cielo. Desconsoladora doctrina, en verdad, por ser una negacion de la doctrina verdadera, segun la cual el hombre, aún con el solo recto uso de la razon, de la cual Dios le ha dotado, puede comprender, y sin duda comprende, si quiere, que la virtud es la única realidad con que podemos contar acá abajo, para arrostrar con intrepidez los males de la vida presente, toda vez que ella se ostenta siempre ante nuestros ojos como una cosa divina é inmortal. ¿Pudiéramos, por ventura, decir nosotros tambien, como los impíos, que toda nuestra existencia principia y termina en un puñado de materia, en términos, que siendo infelices en nuestra peregrinacion terrestre, nada nos resta ya que esperar, precisamente allí donde se halla la verdadera morada de la

(1) *PSALM. LIII, passim.*

(2) *IDEM. XLI, 1 y 2.*

(3) La conocida sentencia de Bruto á Filipo.

virtud, es decir, en el cielo? No; el hombre no es todo polvo, que se disuelva y se disipe en el sepulcro; ántes bien la vida presente no es otra cosa, en sustancia, que una preparacion para aquella más grande y sublime de la inmortalidad, que nos espera más allá de este mundo: verdad que nosotros sentimos, y que de ella tenemos la prueba más cierta en el fondo de nuestra propia conciencia. Nada tiene de extraño, pues, que en esta morada de destierro, el hombre, en cierto modo, viva sujeto á la experiencia y á las pruebas de su valor, á fin de hacerse digno de tal premio; de suerte, que cuanto más él se aplicare al estudio y á la adquisicion de la santidad, tanto mayor sea, igualmente, la recompensa que por ello reciba del Señor (1). Bien sé, mis amados hermanos, que este lenguaje es el objeto de las befas de los insensatos, que cifran toda su dicha en las orgías de la prostitucion, de las obscenidades y de la materia: mas ¿qué importa todo eso? Este lenguaje hace palpitar de dulce emocion al justo, el cual, ya desde este bajo planeta, oye, bien que en lontananza, las armonías celestiales que, de vez en cuando, dejan su alma arrobada en éxtasis de altísima y deliciosa contemplacion. Pero, ¿es verdad ¡oh cristianos! que los hijos de la gracia no reciben retribucion alguna por sus virtudes en este mundo? ¡Ah! si alguno osase proferir tal blasfemia, yo quisiera que estuviera aquí esta noche para oír mis palabras. A ese hombre yo le diría: atiende entre los infinitos ejemplos que nos ofrecen las historias; yo te invito á contemplar á dos ancianos esposos, que, acaso, á tus ofuscados ojos aparecerán como seres despreciables, pero que, precisamente, por haber permanecido firmes en la observacion de la ley del Señor, y por las prolongadas pruebas que debió sufrir su paciencia, obtuvieron, finalmente, una bendicion tal, que será el asombro de los siglos, y regocijará hasta tal punto sus corazones y los últimos años de su vida, que no trocarán el gozo que los inunda y los hace dichosos, por cuantas satisfacciones puedan hallarse en este mundo; y su nombre alcanzará tanta gloria, que causará la estupefaccion de todas las futuras generaciones. Esas dos afortunadas criaturas son: Joaquin y Ana. Voy á demostrarlo. A. M.

Ana, siendo estéril hacía veinte años, ya no esperaba el consuelo de tener hijos. Por el contrario, dejando á un lado todo pensamiento de la tierra, ibase preparando para la muerte, entregando su espíritu al pensamiento de las cosas celestiales. Empero, no es eso decir,

(1) II. CORINTH. V, 1. ad. 9. passim.

que ella no sufriera por tal causa; ántes bien esta idea ocasionaba á su alma el más acerbo pesar, toda vez que entre el pueblo de Israel era un oprobio para las mujeres el no tener hijos, y se consideraba la esterilidad como un castigo del Cielo. A pesar de ello (¡oh virtud verdaderamente sólida!) jamás salió una queja de sus lábios; sinó que, dominándose siempre á sí misma, tranquila y resignada, procuraba merecer cada vez más la abundancia de las gracias del Señor. Hé ahí la sabiduría verdadera y única, aún prescindiendo de las luces de la revelacion (hasta cierto punto, bien que de un modo muy imperfecto, vislumbrada por los estóicos); pero que fuera de la religion de Dios, el hombre no hubiera podido nunca alcanzar. Hé ahí, repito, la sabiduría verdadera, y única: puesto que, al fin y al cabo ¿qué utilidad pudiera reportarnos nuestra impaciencia en las tribulaciones, nuestra inquietud y nuestra rebeldía á la voluntad divina? Peor sería aún para nosotros, si la tribulacion fuera la pena merecida de pecados graves, y acaso de delitos en los cuales los hombres no se fijan, porque los ignoran; pero que Dios conoce en toda su enormidad, y que tiene mil medios y mil maneras de condenar y de castigar; y que debe castigar aún en este mundo, precisamente, porque es Padre, y nosotros somos sus hijos, y nos crió para que fuéramos dignos de Él, y un día le poseyéramos en el cielo. ¿A qué, pues, tanta soberbia y rebeldía por parte nuestra? Dios te aflige ¡oh pecador! con la tribulacion para corregirte, purificarte y hacerte digno de Él; miéntras tú, por el contrario, levantas la cabeza y la voz para ultrajarle y blasfemar de Él; tú, que no ignoras, ciertamente, tu culpa, y conoces los fines sapientísimos que á Él le inducen á dejar caer su mano sobre tí, por más que á tí te parezca que eres inocente; pues sus fines son siempre de amor, de infinito amor; amor que debe conducirte á la salvacion. ¡Ah! obremos con sensatez, y no como los nécios, que no conocen á Dios, ni los senderos de su sabiduría; y no nos avergoncemos de aparecer, muy á menudo, inferiores á los grandes filósofos del paganismo! Obremos como cristianos; y á falta de otros estímulos, muévanos el ejemplo de Ana, la cual, cada vez que oía hablar de su esterilidad, humillábase y se sometía á los designios divinos, creyendo y no avergonzándose de confesar publicamente, que peor castigo merecía por sus faltas, que ella llamaba graves culpas. Y como quiera que su humildad era verdadera, el Cielo no tardó en recompensarla, tan generosamente, que todo otro premio hubiera sido poco ménos que nada, toda vez que de repente, y en contra de toda su expectacion, sintió su seno colmado y fecundo de un fruto tal, que al salir á la luz, debía aventajar so-

bremánera en dignidad á cuantas criaturas habían sido privilegiadas, ó pudieran serlo en la tierra en lo sucesivo, y aún á las elevadísimas inteligencias del Empíreo.

Y ahora bien podeis figuraros el gozo de que se sentiría poseida Ana, y con ella, Joaquin, su esposo, á tan inesperado y fausto suceso; ellos ¡que oraban con tanto fervor para que se efectuase la Redencion, y comunicándose íntimamente con Dios por medio de la oracion, sentían que la misericordia divina escuchaba sus súplicas, y entreveían misteriosamente la proximidad del gran prodigio esperado desde tantos siglos! Todas las divinas promesas juradas á los patriarcas, á los profetas y á cuantos justos habían existido en Israel, todas se ofrecieron á su imaginacion con los más vivos esplendores, y con ellas, todas las antiguas tradiciones que á las mismas correspondían; viendo en ellos la nueva vida que iba á ser comunicada al universo. Por cuyo motivo, dirigiéndose presurosos al Templo de Jerusalem, ofrecieron allí un sacrificio de reconocimiento á las bondades del Eterno; durante el cual es fama, que ámbos recitaron muchas veces con la más profunda emocion, y como profetizando, los últimos versículos del salmo de Ageo y de Zacarías, que dicen: «El Señor da libertad á los que están encadenados! el Señor alumbrá á los ciegos! el Señor levanta á los caidos! el Señor ama á los justos! el Señor protege á los peregrinos; ampara al huérfano y á la viuda, y desbaratará los designios de los pecadores! el Señor reinará eternamente: el Dios tuyo, oh Sion, reinará en toda la serie de las generaciones (1)!» ¡Y tales debían ser precisamente los admirables efectos de la Redencion!

¡Oh! á ese cántico divino, también nuestro corazón se entusiasma, se conforta y siente un consuelo inefable! Empero, examinemos, al mismo tiempo, mis amados hermanos, los usos y las costumbres de aquellos benditos tiempos de profunda y verdadera religion. Entónces, cuando se alcanzaba algun beneficio, algun don ó una gracia cualquiera, al instante íbase á dar gracias al soberano Dispensador de la prosperidad del hombre; mas no se practicaba esto secretamente, sinó con espíritu recto y leal, sin avergonzarse de ello, con fé generosa y sincera, como si todo bien que poseemos, acá abajo, procediera, como procede en efecto, de la mano de Dios (2). En nuestros días, por el contrario; ¡ay! no se tiene ni siquiera un pensamiento del Cielo y de Dios, que reina allí como soberano, origen y dueño de

(1) Leon de Módena: *Costumbres de los hebreos*; Maimonide.

(2) JACOB. I, 17.

todas las dichas y de todas las bendiciones, cualquiera que sea la prosperidad de que goce una ciudad, un pueblo ó una nacion; llegando la impiedad hasta el extremo de que se diga, y se repita, que todo grande acontecimiento histórico dimana del ciego acaso, de la insensata naturaleza; como si Providencia alguna gobernara lo criado; siendo así, que está escrito, que no se desprende hoja alguna del árbol, ni se mueve brizna alguna de yerba de los campos, ni cae cabello alguno de nuestra cabeza, sin que ella lo disponga ó lo consienta. Por otra parte; ¿qué provecho sacamos de esas doctrinas impías, que, por nuestra desgracia, invaden hoy el mundo? Terribles engaños, y nada más; ellas sólo sirven para hacernos hallar la muerte allí donde creíamos encontrar la vida; amarguras y ejemplos espantosos, allí donde se nos anunciaba la felicidad y el triunfo. ¡Ah! si el Señor no pone su mano en la edificacion de la casa, en vano se afanan en torno de ella aquellos que se tomaron el cuidado de edificarla: así está escrito en los sagrados textos; así ha sucedido siempre, y así sucederá, igualmente, hasta la consumacion de los siglos; y la historia, para aquel que sepa aprender en ella, ahí está para ilustrarle sobre el asunto.

Pues bien; volviendo á Joaquin y Ana, diremos, que una vez cumplido aquel acto de gratitud hácia el Autor de todo bien, regresaron á su tribu de Ruben; y allí, con la misma humildad religiosa de ántes, repasaron en su mente todos los desvelos y afanes de su laboriosa vida, con el corazón lleno y exhuberante de alegría por los recibidos beneficios. Entre tanto, la fecundidad de Ana iba madurando, y con ella desenvolvíanse los amorosos designios de la misericordia divina. Era el mes Tirsi, el mes primero del año civil de los Judíos, en el cual la religion y las costumbres mosaicas ordenaban, ofrecer un público y solemne sacrificio á Dios por la expiacion de los pecados del pueblo; y hé aquí que precisamente en el mismo instante en que el humo de los degollados corderos, becerros y toros, subía oloroso al Cielo (es decir, en el día que correspondería á nuestro 8 de setiembre), Ana dió á luz á María, aquella celestial doncellita, á la cual debía suceder inmediatamente Jesús, su Hijo y Salvador nuestro, por cuyas enseñanzas y ejemplos debía ser regenerado el universo, y en cuya sangre debían ser lavados los pecados de todas las generaciones. ¡Bien podeis imaginaros pues, mis amados hermanos, los transportes de júbilo y de alegría que experimentaron Joaquin y Ana, al contemplar delante de sí aquella hijita suya, candorosa como una azucena, colorada como una rosa, y agraciada como una flor la más selecta del Paraíso! Su gozo ya no tuvo límites; y presto regocijaronse

con ellos por tal suceso, no solo todos los deudos, sino aún la tribu entera; toda vez que apénas era creible que la anciana Ana hubiese dado á luz una hijita tan querida, que nunca habiase visto otra de más bella y maravillosa entre todas las hijas de Israel (1). ¡Oh, Ángeles santos del amor, que descendisteis en aquel instante para festejar y custodiar á la futura Madre de vuestro Dios! decidnos el gozo inefable que inundó aquellos dos corazones afortunados. Mas, hé aquí que ella misma, la madre dichosa, va á referirnos sus júbilos; toda vez que arrebatada por los impulsos de la alegría de que rebotaba su corazón, entonó este magnífico himno de reconocimiento, que nos ha conservado la tradición, y nos suministra una prueba de la profunda gratitud que sentían aquellos pueblos por los beneficios del Criador.

«Yo cantaré (dijo Ana) alabanzas á mi Señor, porque me ha visitado y librado del oprobio de mis enemigos. Él me ha dado un fruto copioso de su justicia en su presencia, haciéndome madre. ¿Quién anunciará á los hijos de Ruben que Ana es madre? Oid, oid ¡oh tribus todas de Israel! Ana es madre.» Así salmodiaba la bienaventurada mujer convertida en profetisa: y luego, según una tradición, que se conserva entre los Árabes (2), tomando la niña en sus brazos y levantándola en alto, con un transporte de inagotable afecto hacía el Cielo: «Esta es la hija ¡oh Señor! exclamó, que he dado á luz: á Ti te la encomiendo, á ella y su estirpe, contra Satanás, que ha sido ya apedreado.» Eso sucedió cuando Dios prometió á nuestros padres, que una Mujer, con su fruto divino, vendría á aplastarle la cabeza. Y esa Mujer es, precisamente, tu hijita! No hay, pues, temor alguno de que el maligno pueda ofenderla, ántes bien ella aplastará terriblemente su cabeza.

Mas aquí, mis amados hermanos, no debemos olvidar el grande ejemplo de virtud y de sabiduría que se nos ofrece, y que es digno de universal imitación. ¡Oh! si la mujer cristiana, después de haber dado á luz sus hijos, con sus propias manos los presentara y ofreciera, igualmente, al Criador, del cual los ha recibido, diciendo como la virtuosa Ana: hélos aquí ¡oh Señor! ellos son un don tuyo; acógelos bajo tu protección y santificalos; yo os aseguro que ellos no crecerían, como sucede en la presente generación, cual retoños de mala índole, que tanto afligen á la sociedad; sino que, como verdes renuevos de olivo que surgen para rodear de nueva y lozana juven-

(1) CANTIC. XI, 11.

(2) Surate III, 36.

tud el tronco que los produjo, les veríamos formar bella corona en la mesa de sus padres (1). Mas ¡ay! ¿quién tuviera hoy valor suficiente para cumplir tales prácticas de doméstica y acendrada piedad, que fueron, no obstante, la gloria de nuestros mayores; hoy, que aún para los grandes negocios de la vida, el acudir á la religión se considera como ignorancia, bajeza de ánimo, superstición, ó cosa peor todavía? A pesar de ello, mis amados hermanos, la historia, lo repito, ahí está, para amaestrarnos; y la historia es un testimonio solemne; ella nos dice, que cuando los hijos se educaban con los sentimientos de piedad, y santo temor de Dios, eran, más adelante, buenos padres, excelentes ciudadanos, comerciantes probos y ejemplares; literatos sábios, magistrados íntegros, súbditos fieles, monarcas dichosos, autores de la felicidad de los pueblos y gloria de las naciones; al paso que hoy, por el contrario, cuando, contra el ejemplo del Apóstol (2), nos avergonzamos del Evangelio, y creemos muy honroso el hacer gala de las costumbres y maneras de los paganos, decidme, por favor: ¿á qué punto de degradación no hemos llegado? ¿Qué moralidad existe en las familias, en los contratos, en las industrias y en los oficios? ¿Dónde se halla la buena fé y la antigua probidad de nuestros mayores? ¿Qué somos nosotros, la generación presente, respecto de las generaciones antiguas, á las cuales nos place dar el nombre de bárbaras? ¿Somos, acaso, más virtuosos que ellos? Examinemos, pues, si somos más dichosos.

Y ahora, volviendo á la historia de Ana, os diré, que luego que hubo ofrecido su hijita María al Señor, la colocó en la cuna como el objeto único de todo su amor. He dicho en la cuna; pero no ciertamente en una cuna adornada de tapicería de oro, ó cubierta de preciosas telas de Egipto, elegantemente recamadas ó perfumadas de nardo, mirra y aloés, como se acostumbraba entre los magnates del pueblo de Israel; por el contrario, rústicas varillas de abeto, entrelazadas con flexibles juncos, eran todo el fausto de aquella que nacía Reina de los Ángeles; y fajas de tosco lino sujetaban aquellos brazos tiernecitos, que un día debían sostener con tanta gracia al Salvador del mundo. ¡Admirable disposición de la Providencia! la cual quería que la futura Madre del Hombre Dios, desde su más tierna infancia, se familiarizase con los sufrimientos de la pobreza y las humildes condiciones de los indigentes, que debían ser el distintivo de todos aquellos que, más tarde, se propusieran imitarla. Y ella nos

(1) PSALM, CXXVII, 4.

(2) I. ROM., I, 16.

enseñaba, igualmente, á nosotros, que no son las riquezas, ni las grandezas lo que puede hacernos acreedores al amor divino; sino únicamente la virtud, un corazón puro sin mácula de culpa, y el desapego de todas las cosas de este suelo. Todas ellas son ¡oh cristianos! vanidades, que debemos, por fin, dejar para siempre en la hora de la muerte, cuando despojados de todo, y apenas cubiertos del peor traje, seremos arrojados en una sepultura, para ser allí consumidos.

He dicho más arriba, que Joaquin y Ana, en cierto modo, presintieron misteriosamente en su interior, que su graciosa hijita debía ser la futura Madre del Mesías; mas no era tal presentimiento un claro conocimiento del misterio, y mucho menos, la certeza de tanto prodigio. Pues bien; hé aquí, según unas antiquísimas tradiciones, conservadas entre los Árabes, de que manera se cercioraron de ello. Habían trascurrido pocos días del nacimiento de la agraciada niña, en términos, que Ana vivía aún con las delicadas precauciones de parturienta, cuando presentose de repente en su morada un peregrino, pidiendo con suma cortesía el pan de la caridad, y el hospedaje que se acostumbraba dar á los viajeros. Es muy natural el creer, desde luego, atendiendo á la fé y las religiosas costumbres de Joaquin y Ana, que no solo le acogieron con amorosa benevolencia, según ordena el Cielo, sino que le hicieron participante de los dulces gozos que les proporcionaba su felicidad. ¡Ah, cristianos! establezcamos un parangón entre nosotros y ellos: ¿dónde se observa en nuestros días, una tal caridad y amabilidad entre los discípulos del Evangelio? ¡Desdichado peregrino, si hoy buscara un refugio en una casa cristiana, especialmente, en días de expansión doméstica! como si en tales circunstancias no debiéramos mostrarnos más amables con los desgraciados, que, mendigando, comen el pan del sufrimiento y del dolor! ¡Oh insensible y miserable filosofía de nuestro siglo! Unos viven en la abundancia, y otros en la miseria. Unos en la satisfacción de todos sus apetitos; y otros, acaso, sin un pedazo de pan con que saciar el hambre. ¡Oh mundo infame! Llegará, sí, llegará el día de la justicia, en el cual las obras buenas y las malas serán recompensadas con estricto rigor (1).

Entretanto, tenedlo bien entendido ¡oh cristianos! aquel misterioso peregrino era un Ángel del Cielo, el cual después de haber recibido la hospitalidad, preguntó por la tierna hija, de la cual Joaquin y Ana estaban tan gozosos y satisfechos. Y cuando la tuvo

(1) PSALM. LXI, 41.

delante de sí, principió á contemplarla con atención, y luego, inclinándose, la besó, exclamando: «¡Hé aquí la bella Madre del Mesías!» Dicho esto, desapareció, derramando en torno de sí un torrente de vivísima luz, que llenó toda la casa (1). Lo que sintieron en tal acto los dos bienaventurados esposos, lo dejó enteramente á vuestra consideración, toda vez que yo me considero incapaz de referiroslo. La relación del suceso cundió con rapidez por los montes de la Judea, produciendo en todas partes gran sensación, y haciendo que todos bendijeran la suerte de los dos ancianos padres, que, desde aquel instante, veneraron á su hija como el consuelo del mundo entero. Y ¡ah! con qué respeto y solícitos cuidados, á manera de sagrado depósito, la custodiarían! qué lágrimas de ternura no derramarían! qué bendiciones de sublime piedad no elevarían al Cielo! Tal sería el consuelo, tal la alegría y tal la emoción, que bien podemos afirmar, que les hubieran ocasionado la muerte á no haberles sostenido Dios con su fortaleza. Y, en verdad ¿á qué ventura mayor pudiera aspirar en este mundo una familia cualquiera?

¡Grande, omnipotente y magnanimísimo Dios! ¿Quién, pues, pudiera decir el cúmulo de bendiciones que Tú derramas sobre los predestinados á tu gloria? ¡Ah! sí; siendo ellos miserables, Tú les socorres; siendo frágiles, les sostienes; y siendo pobres, les levantas del polvo para hacerlos sentar al lado de los príncipes de tu gloria (2). Hé aquí ¡oh Dios mio! á tus fieles siervos Joaquin y Ana; poco há solos, y casi abandonados á la desolación de su oscura vida; ahora, de repente, por tu merced, enriquecidos con un tesoro tan precioso por el nacimiento de su tierna hija María (que lo es también tuya); que con la abundancia de la alegría de que se sienten inundados sus corazones, casi llegan á enloquecer sus almas. ¿Quién, pues, no te amaré, oh Dios mio? ¿Quién no cumplirá aún el más mínimo de tus preceptos, á la vista de tu generosidad con tus criaturas racionales, aún en este mundo, además de la corona de gloria que les tienes preparada en el cielo? ¡Oh! desdichados de nosotros, que siempre desconfiamos de tu bondad, porque queriendo Tú probar nuestra fé y constancia, á veces aparentas cerrar los oídos á nuestras súplicas y dejarnos en el abandono! ¡Ah! ¿cuándo comprenderemos que Tú nos criaste para ser dichosos, y que no quieres más que nuestra felicidad, con solo que te lo supliquemos y hagamos un poco de violencia á tu compasivo corazón? Y además, Tú lo dijiste claramente: «Bus-

(1) Tulio Dandolo: *Monachismo e leggende*, tom. 1.

(2) PSALM. CXII, 5, 6 et 7.

cad primero el reino de Dios y su justicia: y todas las demás cosas se os darán por añadidura (1). Pedid y se os dará; buscad y hallareis: llamad y se os abrirá (2). ¡Ah! Señor; muévanos á tener esa fé y esa confianza en Tí la historia de tus Santos, y particulrmente la de estos modelos de las grandes virtudes del cristianismo, Joaquin y Ana, encumbrados por tu bondad á un grado de gloria tal, que criatura humana alguna, no diré pedir, pero ni siquiera concebir supiera. Así te lo suplicamos por los méritos de tu cara hija, y suya, María. Te lo suplicamos con toda nuestra alma; te lo pedimos con todas las fuerzas de nuestro corazon; toda vez que el dia que principiaremos á amarte y á confiar enteramente en tu misericordia, aquel dia ¡oh Señor! comenzaremos á ser salvos y bienaventurados. Así SEA.

DIA QUINTO.

EL NOMBRE, LA OFRENDA Y LA PROMESA.

Nomen Virginis Maria.
El nombre de la Virgen es María.
(Luc 1, 27).

Es tan grande, en realidad, mis amados hermanos, la dicha de tener hijos, que esa dicha es considerada por los orientales como uno de los mayores beneficios de la vida. En efecto; para todo aquel que ha recibido tal mision, no hay satisfaccion alguna tan cumplida, ni placer alguno tan exquisito, como el verse reproducido á sí mismo en otros tantos seres, como hijos ha tenido la dicha de engendrar. Y eso no debe entenderse simplemente en el sentido de la carne, sinó mucho más todavía en el órden del espíritu, dado que, en cierto modo, está en la índole y la naturaleza de toda facultad ó virtud, el reproducirse y multiplicarse á sí misma. Sirva de ejemplo, para el caso, lo que pasa al guerrero, al artista, ó al literato; los cuales ven,

(1) MATTH. VI, 33.

(2) IDEM. VII, 7.

allá en lo más recóndito de su imaginacion, la reproduccion de sí mismos en un plan de campaña, en una estátua, ó en un libro cualquiera; sintiéndose arrastrados hácia ella con tal cariño, que no reparan en sacrificar su tiempo, sus estudios y sus desvelos, sólo para que las concepciones de su entendimiento lleguen á ser una realidad ó manifestacion exterior. Empero, tocante á los hijos, para que pueda decirse en verdad, que su reproduccion es una verdadera bendicion, y que da sus frutos, es menester que ellos crezcan de manera, que sean el honor de sus padres, la gloria de su propia pátria y el apoyo de la familia y de la sociedad civil. En vano se intentará alcanzar tal propósito por otros medios cualesquiera, fuera de la religion. De ello nos suministra una prueba la historia de todas las naciones; donde échase de ver, que toda educacion, por solícita y esmerada que sea, resulta impotente para inclinar el corazon hácia la verdadera virtud, cuando no va unida con el temor de Dios. Por eso se nos ha dicho sábiamente: el temor de Dios debe ser, respecto de los tiernos hijos, lo que es el rocío matutino para las flores en tiempo de primavera (1); las cuales, si lo reciben, levántanse vigorosas y lozanas sobre sus tallos para desplegar su natural belleza; mas si aquél faltare, pronto éstas se marchitan, y apénas pueden vivir un solo dia. ¡Ah, padres cristianos! si meditaseis esa importante verdad (confirmada por la diaria experiencia), más de lo que soleis hacerlo, entónces no veríamos, á buen seguro, el linaje humano tan degenerado y corrompido en la juventud, ni vosotros derramaríais tantas lágrimas de amargura por haber dado hijos á la vida de este mundo. ¿Cuándo reflexionaremos, pues, juiciosamente? ¿Cuándo, poseidos de una santa indignacion, contra aquellos que vinieron á desacreditar las piadosas tradiciones de nuestros padres, volveremos á la senda recta y verdadera que ellos nos aconsejaron seguir? ¡Ah! si es que el ejemplo pueda servir para ilustraros, y para despertaros del letargo en este asunto, venid á considerar en esta noche la sólida piedad de Joaquin y Ana; los cuales, tan luégo como hubieron recibido del Cielo el querido don de su tierna hija, María, se dirigieron al Templo de Jerusalem para dar comienzo á ese solemne magisterio, ante todo, con el cumplimiento de aquello que la ley mosaica prescribía en tales casos. Y eso nos enseña, que negocio alguno se principia bien, si no se principia por Dios. Sí, mis amados hermanos; en tal ejemplo aprendereis la manera de atraer las bendiciones de Dios sobre vuestra cabeza, y sobre la cabeza de vuestros hijos. Veámoslo. A. M.

(1) PSALM. CX, 9.